

## Editorial

**E**n la Edad Media se divulgó en muchas de las lenguas europeas el dicho «El hábito no hace al monje», que derivaría del proverbio griego «La barba no hace al filósofo». Desde su primer diccionario, la Real Academia recogió la palabra «hábito» con el significado del vestido de los eclesiásticos, de los estudiantes y, en general, el que cada persona lleva en función de su «estado, ministerio o nación». El significado del dicho resulta claro: no confiere dignidad la apariencia externa, que en todo caso, como recuerda otro proverbio, más bien engaña.

Tal vez no esté de más recordar estas perlas de la sabiduría popular cuando los artículos científicos se evalúan por la revista que los acoge y a ésta por sus características formales. Alguno de los repertorios habituales de criterios para juzgar la valía de una revista no tienen en cuenta la calidad de lo que publica, sino cuestiones formales como, por ejemplo, si el membrete bibliográfico consta en cada página de la revista. A juzgar por la extensión de los procesos de acreditación entre el profesorado, hay una legión de docentes preocupados porque la edición de sus investigaciones goce del mayor número posible de aquellos criterios formales, que se relacionan con la calidad como «indicios», pero ¿lo son realmente?

«Hábito» tiene un segundo significado. La repetición de aquello que se hace o se dice acaba generando un «hábito», que, con el tiempo, facilita la cosa. Incluso podemos ser conformados sin que medie repetición, como indicaba Bourdieu con su noción de «habitus».

No hay duda que aquella restricción de la calidad a la formalidad es una lluvia fina, que nos impregnará frecuentemente en los tiempos que corren. Por ello, en el segundo sentido, «El hábito acabará haciendo al monje».

***El consejo editorial ejecutivo***